

El señor Carranza comisionó al Capitán Dávila para que fuera a llamar al General Villa de su parte.

Dávila encontró a Villa en su casa, bajando la escalera que conduce al hall. Como Dávila tenía mucha confianza con el caudillo duranguense, le dijo:

—Mi General, el Jefe lo necesita urgentemente.

Villa se turbó un poco, pero aparentando serenidad, y en tono un poco burlón, le contestó:

—¿Usted viene por mí... ?

—¡Sí, mi General, vengo a llevarlo... !

—¿Se considera usted capaz de llevarme... ?—replicó sardónicamente Villa.

—¡Cómo no... !—sostuvo Dávila, y le cogió un brazo...

Al percatarse Villa de la ingenuidad de Dávila, consideró que el Primer Jefe ignoraba sus planes diabólicos.

—Bueno—dijo Villa cerrando el diálogo,—vamos a ver al Jefe.

Todavía el Jefe de la División del Norte dió algunas órdenes que Dávila no pudo escuchar, y juntos salieron los dos para la casa del señor Carranza.

Al mismo tiempo que se dirigía el Capitán Dávila hacia la casa de Villa para transmitir la invitación del señor Carranza, lo cual cumplió en la forma pintoresca acabada de relatar, salía Breceda en automóvil de la casa del señor Carranza, y como viera que las fuerzas de la Primera Jefatura se hallaban alineadas enfrente de la casa del Jefe de la División del Norte, se detuvo a informarse, por simple curiosidad, con el Teniente Coronel Francisco R. Manzo, de la causa que motivara ese hecho inusitado. Manzo informó a Breceda el propósito de la susodicha revista, pero le comunicó también las sospechas que tenía de que en todo esto hubiera algo anormal. Entonces Breceda quiso penetrar a la casa de Villa, marcándole el alto el centinela, que tenía orden de no dejar pasar a persona alguna.

En ese momento vió Breceda que el General Angeles se asomaba por una ventana, y le hizo señas de que deseaba entrar. Angeles no pudo menos que ordenar al centinela que dejara franca la entrada

a Breceda. Ya en el interior, Breceda encontró al General Chao a quien hacía compañía solamente el General Angeles.

Se pusieron a platicar los tres. A la sazón se agitaba el país con motivo del desembarco de marinos americanos en el puerto de Veracruz. Breceda notaba que Chao estaba muy pálido y nervioso, y adivinó que intentaba decirle algo en secreto. Chao, entonces, urdió una estratagema que contribuyó eficazmente a salvarlo. Para que Angeles no se diera cuenta de lo que él —Chao— trataba de comunicar a Breceda, tomó de la mesa un periódico en que se insertaba la respuesta que Angeles había dado a los alumnos del Colegio Militar de Chapultepec, que desde Saltillo lo invitaban a que se uniera con Victoriano Huerta a combatir a los americanos, y dijo a Breceda en voz alta: “¿Ya vió usted, Breceda, qué bien está la respuesta del General Angeles a los federales que lo invitan a unirse con Huerta para pelear contra los gringos?” Y Chao hizo ademán para que se acercara Breceda a leer el periódico. Cuando Breceda estuvo bien cerca, el Gobernador le dijo en voz baja, fingiendo que leía: “En estos momentos me va a fusilar Villa. Dígale al Jefe...”

Breceda, sin inmutarse, se puso a conversar con Angeles por breves momentos, y después, con cualquier pretexto, se despidió, para ir rápidamente a dar cuenta al señor Carranza del inminente peligro en que se hallaba la vida del Gobernador Chao...

Ya en la residencia del señor Carranza, Villa subió hasta las habitaciones en que aquél se encontraba. El Jefe de la División del Norte principió tratando distintos asuntos al señor Carranza, y notando que éste no le hacía referencia al General Chao, consideró, y con razón, que permanecía ignorante de la orden de fusilamiento. Así pasaba el tiempo, hasta que el señor Carranza inició la conversación alrededor de la situación en que, a su juicio, iba a crearse al Gobernador con la famosa orden de marcha a Torreón o entrega de las fuerzas. Entonces Villa tuvo que confesar su bárbara determinación de fusilar al General Chao, en la forma siguiente:

—Pos no tiene usted más novedad, Jefe, que voy a fusilarlo en estos momentos por insubordinado...

El Jefe, a quien causaron estas palabras inaudita sorpresa, le respondió:

—¡Cómo es eso... !

—Sí, señor—contestó Villa.—No ha obedecido una orden que le di y tengo que fusilarlo, pos sólo así puede haber disciplina.

Y entró Villa en explicaciones, pretendiendo convencer al señor Carranza de la necesidad de que se cumpliera su bárbara disposición. El Primer Jefe cortó la palabra a Villa, diciéndole en tono bastante enérgico:

—¡Le prohibo a usted que lleve a cabo esa ejecución! ¡En el acto va usted a dar orden de que se suspenda!—y se asomó el señor Carranza a la puerta a llamar al ayudante de guardia que estaba en el pasillo y que lo era el Capitán Jesús Valdés Leal.

Breceda llegaba en esos momentos; pero no sabía cómo hacer para llevar a conocimiento del señor Carranza la terrible situación del General Chao. Se le ocurrió escribir en máquina, rápidamente y en pocas palabras, lo que acaecía, en un esqueleto de telegrama, enviándolo como tal con el ayudante al Primer Jefe. Cuando don Venustiano se enteró del aviso de Breceda, ya estaba al tanto de lo que iba a acontecer, por boca del propio Villa.

Todavía éste estuvo insistiendo ante el señor Carranza para que le permitiera fusilar a Chao, alegando tenazmente que sólo de esa manera podía mantener el control de sus fuerzas. El Jefe se negó, naturalmente, y con energía dijo a Villa:

—Aquí está un ayudante. ¡Déle la orden de que se suspenda la ejecución!

No tuvo Villa más remedio que decirle al ayudante Valdés Leal:

—Vaya a llamarme al Teniente Coronel Bracamonte y dígame que se suspenda la ejecución de Chao.

Momentos después llegó Bracamonte, a quien Villa confirmó la orden de suspensión del fusilamiento de Chao.

Durante esta emocionante escena, el señor Carranza estaba desarmado: su pistola se hallaba sobre la pequeña mesa de noche. En cambio, el General Villa conservaba la suya en el cinto...

Es así como se libró el Gobernador revolucionario de Chihuahua, de la muerte que le había decretado el temible Jefe de la División del Norte. Ya veremos más tarde cómo correspondió Chao al Primer Jefe al producirse la escisión definitiva entre los revoluciona-

rios que permanecemos leales a la Primera Jefatura y los que siguieron a Villa, a Zapata y a la Convención...

Con relación a este suceso (uno de los que perfilan mejor al hombre que dirigió nuestra más grande Revolución: don Venustiano Carranza), debo decir que el incidente personal entre el señor Carranza y Francisco Villa me lo refirió el propio Primer Jefe en la forma que se deja relatada.

En esta sombría maquinación del General Villa contra la vida del Gobernador Chao, si no puede decirse con toda certeza que el General Angeles estuvo inodado en ella, sí he de consignar un hecho que nos hizo abrigar muy serias sospechas respecto a la complicidad del Subsecretario de Guerra y Jefe de la Artillería de la División del Norte: la víspera del día señalado para la ejecución del General Chao, Angeles se presentó en la casa del señor Carranza, aprovechando momentos en que el Jefe se encontraba ausente. Dijo que deseaba conocer la residencia de don Venustiano y que había pasado casualmente por allí... Le acompañaba uno de sus ayudantes. Entró a todas las habitaciones, se asomó por los balcones y subió a las azoteas...

Ninguna importancia especial concedimos los que rodeábamos al señor Carranza a esta intempestiva visita del General Angeles; pero una vez que ocurrieron los hechos relatados, al darle cuenta al Primer Jefe de la estancia de Angeles en su casa, la víspera, dedujo el señor Carranza que el citado militar, ya en conocimiento de los propósitos macabros de Villa, había ido a la morada del Jefe para explorar si nos habíamos percatado de alguna manera de los designios de Villa y, en tal caso, observar qué dispositivos pudieran haberse tomado en la Primera Jefatura.

La intempestiva visita del General Angeles a la casa del señor Carranza, y su presencia en la del General Villa, momentos antes del señalado para la ejecución de Chao, tal como hemos visto que lo encontró Alfredo Breceda, son elementos bastantes para fundar las sospechas de complicidad, en este acto de refinada barbarie, de quien aparecía y aún se hace aparecer, como un individuo humanitario.

En cambio, tan pronto como corrió la noticia del grave incidente,

los más aguerridos Generales de la División del Norte, entre ellos Maclovio y Luis Herrera, Rosalío Hernández y Pánfilo Natera, fueron a ver al señor Carranza para protestar enérgicamente en contra de la actitud de Villa, solicitando permiso para aplicarle el ejemplar castigo que, a su juicio, correspondía imponer al abusivo Jefe. Maclovio Herrera, que fué quien usó de la palabra en nombre de sus compañeros de armas, dijo al señor Carranza: "Venimos a solicitar de usted, nos dé permiso para fusilar a Villa; estamos cansados de sus atropellos y no queremos que por un solo momento vaya usted a suponer que nos hacemos solidarios de su mal comportamiento. Si nosotros lo seguimos y nos hemos subordinado a su autoridad militar, es porque usted nos puso a sus órdenes".

—Todos ustedes—respondió el señor Carranza—forman parte de la División del Norte, de la que es Jefe el General Villa. Por consiguiente, son sus subalternos. No puedo permitir que pretendan atentarse contra él, como tampoco permití que él atentara contra Chao, pues si ustedes obraran en la forma en que me hablan, me vería en el caso, a mi pesar, de proceder contra ustedes...

¡Júzguese ahora de la talla moral del Jefe Supremo de la Revolución!

Hacia algunos días que circulaban invitaciones para un banquete que habrían de ofrecer el general Maclovio Herrera y el Gobernador Chao en honor del Primer Jefe y del Comandante de la División del Norte, en el Teatro de los Héroes; banquete que debería haber tenido verificativo, justamente, el día de los acontecimientos de que me he ocupado. Chao, en vista de las graves ocurrencias de esa mañana, estuvo a ver al señor Carranza para pedirle que se suspendiera el ágape con cualquier pretexto, sugiriéndole que se verificara cuando ya se hubiera ausentado el General Villa para C. Juárez, lo que tendría lugar en breves días. Pero el Jefe no quiso acceder a lo propuesto por Chao, considerando el mal efecto que habría causado la suspensión de la fiesta a la que estaban invitadas las personas más destacadas de la ciudad, el cuerpo consular extranjero y miembros de la banca, de la industria y del comercio, pues ya se empezaba a saber lo ocurrido. Sin duda que tenía razón el Primer Jefe para opinar así, pues celebrándose el banquete, renacería la

confianza pública viendo reunidos en jubilosa comunidad a Villa, a Chao y a los demás Jefes de la División del Norte, con el señor Carranza.

En consecuencia, el banquete se efectuó como estaba acordado, ocupando el lugar de honor el señor Carranza. A su derecha se sentó el General Villa y a su izquierda el Gobernador Chao. Ofreció el banquete el señor Silvestre Terrazas; en seguida habló el Primer Jefe y, finalmente, el General Villa.

Recuerdo que Villa principió su discurso con estas palabras: "Van ustedes a oír las palabras de un hombre rudo..." Y, como de costumbre, siguió hablando para protestar su adhesión al señor Carranza, declarando que lucharía hasta sentarlo en la silla...

Por supuesto que, mientras los convidados se entregaban a una franca alegría, nosotros pasábamos momentos de verdadera inquietud, pues de un instante a otro temíamos que estallara un conflicto que pudiera convertirse en tragedia. Bajo la apariencia de aguas tranquilas, había un fuerte mar de fondo. Los ánimos estaban en extremo exaltados, y, difícilmente, contenían aquellos hombres tan bravos como rudos, la explosión de sus sentimientos pasionales.

El señor Carranza, por su parte, ponía a prueba el prodigio de su serenidad para salvar los escollos que se presentaban en la marcha de la Revolución. No era el momento de que impusiera su autoridad con medidas de fuerza, ya que mientras en el seno de la Revolución se planteaba el problema de las hondas diferencias que se hacían ya patentes entre la Primera Jefatura y el Comandante de la División del Norte, a un peligro más grave para la nacionalidad había que hacer frente en esos momentos de crisis: la infantería de marina norteamericana había hollado el suelo de la Patria desembarcando en el puerto de Veracruz.

Sobre los hombros de don Venustiano Carranza pesaban, entonces, la defensa de la dignidad nacional y el mantenimiento de la unidad revolucionaria.